

Documento distribuído por



Biografía de Marisa Villardefrancos

Cos datos obtidos nas súas pescudas máis recentes Enrique Martínez Peñaranda amplía neste texto os datos biobibliográficos de Marisa verquidos en textos anteriores.



Consello da Cultura Galega
Comisión de Igualdade

Pazo de Raxoi, 2 andar. 15704 Santiago de Compostela (Galicia)
Tfno: 981957202 / Fax : 981957205 / xenero@consellodacultura.org

MARISA VILLARDEFrancOS

A la memoria de D. Argimiro González Neira, del Registro Civil de Vedra, ciudad natal de Marisa, que fue amigo de su familia y que tan importante información y documentos me facilitó para mi primer ensayo sobre ella ("La luminosa lucha de Marisa Villardefrancos", en 2001). Ya fallecido, vuelvo a darle las gracias y recordarle aquí.

María Luisa Villardefrancos Legrande (Marisa Villardefrancos Legrand o Marisa Villardefrancos, más simple y corrientemente) nació el 12 de octubre de 1915 en Vedra (A Coruña), localidad fronteriza con la provincia de Pontevedra, a orillas del río Ulla. Murió en San Vicente del Raspeig, término integrado en el área metropolitana de la ciudad de Alicante, al noroeste, el 20 de junio de 1975. Hija de Luís Villardefrancos, empleado municipal y escritor en revistas, y de María de los Dolores Legrande, maestra de Enseñanza primaria. Su vida, desde la infancia, estuvo marcada por la ensoñación y la fantasía, proyectadas hacia horizontes románticos durante toda su juventud; por el realismo, a veces sombrío, en la edad madura; también, por la curiosidad y el estudio sobre múltiples facetas del saber y la creación literaria a través de distintos géneros, que recogía todas sus apetencias de comunicar a los demás su espléndido mundo interior. Paralelamente, y otorgándole grados mayores de personalidad compleja y especial, moldeó su existencia una constante y valiente lucha contra la falta de salud, desde que hacia los cuatro años sufrió parálisis y, más adelante, un proceso degenerativo y reumático de las articulaciones, especialmente las manos. Muy relacionado con esta circunstancia estuvo el factor de su religiosidad -aunque, al parecer, experimentó una

crisis en la misma tras la muerte muy joven de Gloria ("Gloriña"), su hermana menor colaboradora suya y autora también de relatos-, que le ayudaba en el perenne combate para superar sus padecimientos, cada vez más acentuados con la edad.

Marisa pronto se dio cuenta que era más débil que las otras niñas; comprobó que los juegos normales le cansaban y quiso aventajarlas en un terreno distinto: a los cinco años había aprendido a leer y escribir; después, a escribir cuentos y ofrecérselos al director de un periódico a los doce. Estudió Magisterio, como su madre, y se diplomó en Estudios Superiores de Educación, reflejado esto durante su vida de escritora en el interés por la formación civil y religiosa de los niños, además de sus actividades como consejera y guía de la juventud, ya en la madurez, siendo especialmente querida por sus numerosos discípulos.

Desde muy pequeña, Marisa había vivido sus lecturas intensamente, de forma que sus días y noches discurrían más en el universo de lo imaginario que en el de la realidad, al lado de las criaturas de ficción con las que vivía sus mismas aventuras en los clásicos infantiles y juveniles, así como en los cuentos y leyendas de su Galicia natal y, en general, de todo el mundo celta con evocaciones escocesas, irlandesas, galesas, bretonas..., sintiéndose también muy identificada con los ingleses y eslavos.

No sabemos mucho más de su frágil niñez y adolescencia; sólo intuimos por las desperdigadas muestras de sus breves comentarios en almanaques navideños y números especiales de las revistas en las que colaboró, que era feliz con sus lecturas en el hogar placentero, refugio de su enfermedad, al calor del fuego en invierno y de la familia siempre.

Aquí, es preciso establecer un puente sobre el tiempo hasta la época que ya nos es más conocida: la posterior a la Guerra Civil en el Madrid de los años cuarenta y su colaboración en el grupo editorial de Consuelo Gil Roësset (1905-1995), creadora y dirigente de uno de los grupos de publicaciones infantiles y juveniles más importante de España en el siglo XX. Dotada de una educación liberal y europea, su labor se reflejó de manera principal,

en los semanarios *Chicos* (1938-1955), *Mis Chicas* (1941-1950), *Chicas* (1950-finales de los sesenta) y la colección de novelas *Biblioteca de Chicas* (1952-finales de los sesenta), entre las series más destacadas.

Las hermanas Marisa y Gloria Villardefrancos, a su llegada a Madrid acompañadas por su padre, fueron presentadas a Consuelo Gil por el periodista y escritor Julio Camba Andreu (Vilanova de Arousa, Pontevedra, 1884 - Madrid, 1962). Por otra parte, Wenceslao Fernández Flórez (A Coruña, 1879 - Madrid, 1964), recomienda especialmente a Marisa, conocedor de sus primeros escritos, que se dedique a la literatura infantil. Marisa empieza, pues, su actividad para *Chicos* y *Mis Chicas* en los primeros cuarenta con relatos por entregas semanales, de los que sobresale "Tizón" (*Mis Chicas*, 1944) o *El grumete Tizón* (en forma de libro, 1949), en el que la protagonista es una niña inválida, tal vez su primer autorretrato literario. Estas dos versiones, como muchas otras de sus creaciones, están ilustradas por ella misma

Marisa Villardefrancos alterna, durante los años cuarenta y primeros cincuenta, este trabajo en las revistas de Consuelo Gil con más cuentos y otros géneros infantiles, como relatos y pequeñas piezas dramáticas de asunto religioso, publicados en su mayor parte por la Sociedad Editora Ibérica, de Madrid. También, "*Niños en la Historia*" (1956), prologada por Wenceslao Fernández Flórez. Gana premios y menciones; colabora con Juan Antonio de Laiglesia (1917-2002) con la compañía Teatro de Monigotes, representándose algunas de sus obras en salas madrileñas (el Alcázar, el Albéniz...).

En 1950, Consuelo Gil dio por finalizada *Mis Chicas*, de historietas gráficas, textos y otras secciones para niñas y la sustituyó por *Chicas* ("la revista de los 17 años"), calculando la edad que más o menos tenían entonces las pequeñas que habían empezado a leer la primera en 1941 ("¡*Mis Chicas* ha crecido!", decía la publicidad), pero el nuevo producto ya no era de historietas -con alguna excepción-, sino de relatos seriados de las firmas cercanas a Consuelo

Gil (Marisa y Gloria Villardefrancos, Borita Casas -autora de "*Antoñita la Fantástica*"-, Gloria Fuertes...) e ilustraciones de los mejores artistas del momento en su género, añadiendo reseñas de cine, radio -en los sesenta, también de televisión-, canciones con sus letras, moda y cocina, una embrionaria "prensa del corazón" y otras típicas secciones femeninas.

En 1952, la editora Gilsa (Consuelo Gil, S.A.) sacó también *Biblioteca de Chicas*, que tuvo dos colecciones: "La Ardilla Escocesa" (para los catorce años) y la llamada "... Y échate a volar" (para chicas mayores y mujeres, ya sin límite de edad). La primera fue de corta duración, pero la segunda tuvo una larga trayectoria hasta el final de los años sesenta, siendo en ella donde fueron publicadas la mayor parte de las obras de Marisa y, desde luego, las mejores. De 1952 a 1960 es la autora que más novelas tiene en la lista de títulos, habiendo aparecido varias previamente en *Chicas*, por entregas. Algunas de las de mayor calidad y más famosas por ello, fueron adaptadas a la Radio (Cadena SER.) con excelentes versiones para el medio de difusión predominante en la España de los cincuenta.

Marisa Villardefrancos escribió un grupo de narraciones en esta última década, que suceden en la época, entonces casi contemporánea, de la Segunda Guerra Mundial y los inmediatos conflictos de Corea e Indochina, escenarios exóticos propios de la novela cosmopolita de moda en el período de Entreguerras, siendo fácil de advertir la influencia de Vicki Baum (1888-1960), Pearl S. Buck (1892-1973) y Daphne Du Maurier (1907-1989) entre las más famosas, representantes de la literatura prestigiosa y de éxito internacional escrita por mujeres y autoras muy editadas en España.

Marisa tenía una concepción de la mujer totalmente moderna para la época y contexto - sus novelas aparecían en una colección popular destinada, preferentemente, al consumo de la burguesía media y alta, pero todavía más extendidas por sus versiones radiofónicas-, y sus personajes femeninos son los mismos modelos que podían leerse en otras novelas del mismo género y verse en las películas americanas e inglesas de los años cuarenta y cincuenta. Con

estas notas distintivas, tenemos *Alma* y *El Sol nace de madrugada* (desarrolladas en Marruecos), *El mal humor del capitán Norton* (en la Guerra del Pacífico), *El secreto de los ojos tristes* (en el mundo eslavo y en la que se mezclan el ambiente internacional, la danza, el espionaje, la política y la guerra), *Mamá Carlota* (en Indochina), *Al volver a la vida* (en el Borneo británico), *La mañana tranquila* (en la Guerra de Corea)...

Con *Almas en la sombra* (1953) se abre en Marisa una etapa de extensas narraciones, a través de varias novelas. El lugar de la acción es Irlanda (el Ulster), en una visión histórica y apasionada, descrita con singular cariño seguramente por las semejanzas celtas con su Galicia y con la Religión Católica. Cercana también al mundo anglosajón, que tanto le interesó por su Historia y su Literatura; de la liberal, valiente y aventurera Inglaterra de sus lecturas juveniles. El comienzo de *Almas en la sombra* es un homenaje o una muestra evidente de la sugestión que Marisa tuvo hacia *Rebeca* (1938), la novela más famosa de Daphne du Maurier. La saga se inicia con la adolescencia de Katherine Mac Moore, muchacha de trece años poco agraciada físicamente -en la que Marisa se refleja una vez más-, los juegos con sus amigos en el lugar que conocen como "el Brezal de las Nubes" y su romance con William Hastings, en el marco de la intervención en Irlanda de la Inglaterra de Oliver Cronwel (1599-1658), durante la Primera Revolución inglesa (1648-1660)¹. La ficción continúa en *El Brezal de las Nubes* (1953) y concluye en *El caballero de los Brezos* (1955), que discurre en su mayor parte en Jamaica. Se aprecian, a pesar de tratarse de épocas y sentimientos pasionales diferentes -románticos en Marisa y atormentados en Emily (1818-1848)-, influencias de las hermanas Brontë, en especial de esta última y su obra maestra *Cumbres Borrascosas* (*Wuthering Heights*, 1847). En el país de las Brontë (el Yorkshire), al noroeste de Inglaterra, abundan los brezos (*moors*) en sus páramos, al igual que en *El Brezal de las Nubes*, título que muestra la delicadeza de su sensible espíritu, creador de mundos de una belleza casi dolorosa en sus

¹ Considerando la segunda como la Gloriosa de 1688-1689; en realidad, una sola con sus etapas diferenciadas de guerras civiles, dictadura o república cronweliana, restauración de los Estuardo y cambio de Dinastía

descripciones y un amor hacia la Naturaleza y en comunión con ella, que sintió desde pequeña rodeada de la dulzura del campo gallego.

Después de esta amplia creación, la mejor novela de Marisa es la trilogía *El teniente médico jefferson*, *Los amores del teniente Jefferson* y *El regreso del teniente Jefferson* (1955) -hoy diríamos "la teniente", pues la protagonista es una mujer-, que presenta la historia de Helen Jefferson, oficial médico estadounidense en Belgrado durante la Segunda Guerra Mundial; en un Belgrado en el que Marisa sitúa fuerzas de representación americanas y soviéticas. En una Yugoslavia donde, a su vez, luchan las dos facciones guerrilleras de los *ustachi* de Josip Broz (Tito) y los *chetniks* de Draza Mihailovitch, Helen vive un romance con un intelectual (Andrés Tarnovitch), afecto a este último; escritor de fama que ha traspasado sus fronteras con obras de alto contenido espiritual y que ha supuesto una gran ayuda moral para el hermano menor de Helen (Steed), inválido. Marisa Villardefrancos vuelve aquí al tema central de su literatura: la enfermedad y el esfuerzo de superación, mediante la lucha y la voluntad de no dejarse vencer. También, *La vida está en las cumbres* (1952) y *Una luz en el camino* (1954) giran en esta órbita.

La atracción que Marisa Villardefrancos siempre expresó por el alma y el pueblo eslavo, vuelve a exponerse en otra saga igualmente desplegada a través de varias novelas: *La viña de mis amores* (1956, 3 tomos), *Siberia* (1957, 3 tomos), *El fin de la viña* (1957) y *Antek* (1957), en las que se describen la vida, sentimientos, pasiones y sufrimientos de varias personas y familias, atrapadas en la tragedia de la misma gigantesca guerra, a la que Marisa había asistido durante seis años a través de periódicos, radio, películas y noticiarios cinematográficos, marcando el final de su juventud y la iniciación de su edad madura. Esta gran serie-río, romántica y dura, llena de espiritualidad y esperanza en el futuro, a pesar de evidenciar, al mismo tiempo, el desaliento y el cansancio por las catástrofes bélicas de aquellos años. Aparece, incluso, el importante campo de concentración estalinista de Vorkuta

-uno de los más tristemente famosos "gulags"- (República autónoma -hoy federada- de Komi), cerca del Círculo Polar Ártico. Marisa parece enamorada, también en íntima unión con el resto de la naturaleza, del inclemente y hermoso paisaje siberiano, deseando penetrar más profundamente en la esencia del espíritu eslavo y exponer su cultura, su historia y su religión, sin condenar al comunismo más que de una manera tácita y no expresa, como era corriente en el contexto de la época, lo cual confirma otra vez su acusada personalidad.

En 1956 se publica una importante novela en la bibliografía de nuestra autora: *La Bestia dormida*, muy diferente de todo lo que había escrito hasta aquel momento. También su escenario es la Segunda Guerra Mundial, lo mismo que *El teniente Jefferson*, pero existe un abismo entre las dos obras, a pesar de la corta distancia de ambas en el tiempo y *La Bestia dormida* da un giro de ciento ochenta grados a su narrativa, que ahora parece impregnada de una grave seriedad y pesimismo. Ya no es la misma: condena ásperamente la guerra y denuncia las desgracias que ésta lleva consigo de un modo desgarrado, no utilizándola como marco o lienzo para revestir más patéticamente una historia de amor. Aquí muestra su concepto del amor y el sexo con austeridad, lo cual era nuevo en ella; juzga severamente el Nacionalsocialismo y el antisemitismo, conforme a la ortodoxia católica y doctrinal, pero también algunos actos de los aliados occidentales; así, critica los ídolos ya caídos (Hitler, Mussolini...) y sus delirios de grandeza, mas igualmente el materialismo y la soberbia de los vencedores... y hasta el romanticismo, "*que no es más que una aventura alucinante, que no es la verdad, sino una niebla que finge la verdad*". Lo que queda para Marisa es el mensaje del amor y el humanismo cristiano, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia, únicas verdades a las que se acogía en la madurez. ¿Qué le ocurrió a Marisa en aquellos inicios de 1956 para expresarse de esta forma -¿la muerte de su hermana Gloria, que nadie conocido recuerda cuándo se produjo ya que ella no hablaba nunca de este asunto?-, delatando tan desencantados pensamientos después de tantas novelas de impulso vital alegre y optimista

con chicas liberadas y modernas? *La Bestia dormida* -la Bestia del Apocalipsis- es un libro de crisis personal, sin duda. En su prólogo, el sacerdote padre Félix García -firma frecuente en la Prensa de aquellos años-, escribe: "*Tu última novela tiene una mayor ambición... que es el transmitir en unos episodios impresionantes y doloridos el horror que en el orden material y, más aún, en el moral ocasiona la guerra...*"

En otra dimensión del rico contenido ideológico, político, social y moral de la novela *La Bestia dormida*, se sitúa el ensayo *La oscura lucha contra mí mismo* (1958), guía espiritual y de comportamiento para los jóvenes del sexo masculino, como si el personaje Andrés Tarnovitch asumiese la identidad de su creadora. En su prólogo, también del padre Félix García, leemos: "*Marisa Villardefrancos se ha puesto en contacto con la juventud. Los jóvenes buscan en ella el consejo...*" Otro libro en esta misma dirección es *Un día cualquiera* (1967), que fue poco distribuido por problemas editoriales; prologado esta vez por el sacerdote agustino César Vaca, éste escribe: "*... ella (Marisa), que puede poner cátedra de sufrimiento, ha sabido olvidarse del suyo para atender al ajeno. Un día cualquiera es un continuo aliento para descubrir la trascendencia y la importancia de los momentos grises de la vida...*" Todavía, se anuncia en este libro y en la misma colección otra obra próxima de Marisa: "El sacerdote joven visto por una mujer", que nunca llegó a editarse.

En el año 1960, sale en *Biblioteca de Chicas* la última novela de Marisa en esta colección: *La cumbre de Kichinjunga*, dejando de escribir para Ediciones Cid (antes Gilsa) y Consuelo Gil, siendo publicados sus primeros títulos en Bruguera ya en 1961. A lo largo de toda la década de los sesenta y principios de los setenta, continuaron publicándose en la editorial de Barcelona y en sus varias colecciones destinadas a las chicas ("Alondra", "Amapola", "Madreperla", "Pimpinela", "Rosaura..."), decenas de novelas firmadas por Marisa Villardefrancos, algunas de ellas reediciones algo modificadas de las que salieron en *Biblioteca de Chicas*. Ignoro el porqué de su salida de Gilsa y Ediciones Cid y su entrada en

Bruguera y no he conocido a nadie que me haya referido nunca la razón de este cambio, ni siquiera su antigua editora doña Consuelo en una conversación que tuve con ella, poco tiempo antes de morir.

Pero, además, hasta hace escasamente dos meses, yo ignoraba todos los detalles sobre Marisa con posterioridad a este momento; es decir, a su salida de Ediciones Cid, aparte de que escribía para Bruguera. En mis dos anteriores trabajos acerca de ella ("La luminosa lucha..." y "Marisa y los años de la Radio"), yo terminaba preguntándome cuándo, cómo y dónde había fallecido... esperando que algún lector me contestase alguna vez. El milagro de Internet ha facilitado y acelerado las cosas, y en el pasado marzo recibí una inesperada llamada telefónica desde Alicante, que supuso una extraordinaria y agradable sorpresa para mí, siendo la respuesta a todas mis preguntas y la reconstrucción de los últimos quince años de la vida de Marisa. Se trata de Vicente Maciá Hernández, vecino de San Vicente del Raspeig, municipio integrado en Alicante como población anexa, donde él y su familia, tuvieron estrecha amistad con ella desde el año 1965, causándole una gran impresión desde el momento de conocerla, a través de la secretaria de Marisa, Mari Carmen Nebot, amiga íntima de la mujer de Vicente. Marisa alternaba en estos años de Bruguera (los sesenta) sus estancias en Madrid (Zurbano, núm. 85) con otras en su piso de Alicante para estar en contacto con sus muchos discípulos y amigos -"los chicos de Marisa", como ella los llamaba-, que habían empezado a formarse en el Madrid de finales de los cincuenta -desde los tiempos de *La oscura lucha...*-, pero que después fueron aumentando constantemente. También en Alicante, entre los que se encuentra Vicente, dejando en todos su huella imborrable y, a la vez, siendo tan importante su relación con los mismos para Marisa.

Su producción para Bruguera fue tan intensa numéricamente como lo había sido para Gilsa y Cid, pero eran obras menos elaboradas, menos densas de contenido y fondo; más bien en la línea de la típica novela sentimental. Las conversaciones con Vicente, de todo tipo de

materias y aspectos culturales -los conocimientos de Marisa eran enciclopédicos-, fueron trascendentales y mágicas para él, ayudándole a superar muchos problemas y complejos propios de su inmadurez juvenil.

Pero la salud de Marisa cada vez era más crítica en sus múltiples y antiguas dolencias, agravadas por el paso del tiempo. La crisis final aconteció nada más llegar a Alicante en su último viaje desde Madrid; con fiebre alta, fue atendida por Vicente Maciá y su familia, Mari Carmen Nebot y sus muchos amigos. El médico, al ver su empeoramiento, a los dos días llamó a una ambulancia para ingresarla en el Hospital de San Vicente del Raspeig, donde falleció al poco tiempo. Hoy, gracias a las informaciones de Vicente, me ha desaparecido la obsesión y la preocupación por saber qué fue de Marisa Villardefrancos en sus años posteriores a Ediciones Cid y cuándo murió, así como las circunstancias de este hecho, que yo presentía tristes por sus condiciones físicas y una soledad que suponía muy probable. No fue así, por fortuna, según ahora he sabido. Los últimos años de Marisa Villardefrancos fueron una continuación de su luminosa lucha y sus sufrimientos alternados con satisfacciones gozosas, al lado de los muchos amigos y admiradores que no le faltaron. Desde hace casi treinta y tres años descansa en el cementerio de San Vicente del Raspeig, cerca de sus amigos que de vez en cuando visitan y cuidan su tumba, y viva en el recuerdo de muchos. En su lápida, Vicente mandó poner esta inscripción: "VIVIÓ PARA LOS DEMÁS". Nada más sencillo, al gusto de ella, ni más definitorio.

Enrique Martínez Peñaranda

Mayo 2008